

LA VIOLENCIA

Bruno ESTAÑOL VIDAL*

Aunque Blas Pascal declaró que el ser humano se encuentra entre el ángel y la bestia, la historia ha demostrado que se encuentra más cerca de la bestia.

El siglo XX, que se encuentra en sus postrimerías, ha mostrado cómo el hombre ha utilizado la tecnología y la ciencia para ejercer la violencia en gran escala, desde la cima del poder. Así han surgido todas las armas modernas incluyendo la bomba atómica. Albert Einstein y Robert Oppenheimer han lamentado, *a posteriori*, su participación en la creación de esta arma mortífera porque se dieron cuenta que pusieron la ciencia al servicio del poder. De tal suerte que aunque el ser humano ha seguido una carrera ascendente en la evolución científica y tecnológica desde el punto de vista moral —y tal vez emocional— no ha mostrado grandes adelantos. El mandamiento fundamental, desde el punto de vista ético, *no matarás*, permanece sin ser cumplido. El hombre ejerce la violencia entre sus semejantes por la diferencia de nacionalidad, económica, religión, color, o ideológica sobre todo, por la búsqueda de poder político y económico. Durante el siglo XX han habido dos guerras entre múltiples naciones llamadas guerras mundiales y un sinnúmero de guerras entre naciones grandes y pequeñas. El genocidio entre las naciones, por cuestiones étnicas, religiosas o ideológicas, persiste. Durante el largo periodo de rivalidad entre las naciones más grandes del orbe, llamada la guerra fría, hubo inclusive dilatadas dudas sobre

* Jefe del departamento de neurología del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y de la Nutrición “Salvador Zubirán”.

la supervivencia del hombre como especie. No hay duda que se requiere un nuevo contrato social que nos permita vivir en la pluralidad y convivir entre nosotros mismos.

Estas reflexiones nos pueden llevar al pesimismo y a la idea fundamental de que el ser humano no tiene remedio si no fuera porque muchas naciones e individuos han mostrado con pasión que se puede lograr una convivencia en la pluralidad no violenta. Importa mucho, pues, reflexionar sobre los orígenes de la violencia y educar a las nuevas generaciones en una ética que nos permita sobrevivir como especie y como individuos.

Las causas de la violencia intra-especie, en los seres humanos, son, sin duda múltiples, ya que los seres humanos somos entes biológicos y culturales. (Hay sin duda elementos biológicos que nos predisponen a la agresión pero existen también, por otro lado, elementos culturales.) El hombre, como ser vivo, tiene una larguísima historia que se remonta al inicio de la vida en nuestro planeta, hace quizás unos tres mil millones de años. Comparte la misma molécula básica que transmite la información de la especie, que es el ácido desoxirribonucleico, con las amibas y los protozoarios y no se diga con los grandes mamíferos. La diferencia genética entre el ser humano y el chimpancé es de sólo el 1.5%. Tiene, junto con los animales y con las plantas, el mismo mecanismo para la producción y almacenamiento de energía que es adenosin-rifosfato, resto de los seres vivos, nace, crece, se diferencia, se reproduce y muere. Está sujeto como los demás seres vivos a una flecha de tiempo vital. Está, como el resto de los seres vivos, encadenado a la muerte. Como cualquier ente biológico tiene que obtener energía libre para los procesos de mantenimiento, crecimiento, reproducción y diferenciación. Esta energía la obtiene ingiriendo otros seres vivos. Las plantas tienen un mecanismo llamado autotrófico que permite captar directamente el nitrógeno de la tierra y el bióxido de carbono del aire y con estos recursos elaborar carbohidratos complejos. El resto de los animales, entre los que se incluye el hombre, tienen que obtener esta energía libre comiendo plantas y otros animales.

Hay animales herbívoros que sobreviven ingiriendo vegetales y plantas, y hay animales carnívoros que sólo comen carne. Los depredadores, como el hombre, pueden comer todo tipo de ser vivo. Los seres vivos se comen y se nutren entre sí y ello constituye la gran cadena ecológica y la gran cadena del ser. El hombre no se puede liberar de esta condena energética. La biología es destino, tanto para las especies como para los individuos. Sin embargo, no queremos reconocer nuestra condición de depredadores biológicos. Preferimos simular que somos ángeles y no aceptar simplemente que formamos parte de la naturaleza y que la naturaleza está constituida por una dependencia energética.

Sentimos la naturaleza como ajena a nosotros y nos sentimos con derecho a utilizarla a nuestro arbitrio y no pensamos que al destruirla nos situamos nosotros mismos en una frágil posición.

El ser humano tiene, pues, una larga evolución biológica. Como especie, su evolución biológica no tiene quizás tanto tiempo porque se considera que el *homo sapiens* vagó sobre la tierra buscando alimento, en su etapa de cazador y recolector hace apenas cien mil años. Sin embargo, mucho antes de esa época los homínidos *homo habilis* y *homo erectus* habitaron la tierra por lo menos un millón de años. No hay que subestimar a los primates homínidos porque se sabe que el *homo erectus* en las cuevas de Chou Ku Tien en China ya había descubierto el fuego. Este descubrimiento quizá dio inicio a la primera evolución cultural del hombre al permitirle estar despierto durante parte de la noche, cocinar los alimentos y protegerse de otros depredadores. El descubrimiento del fuego es un hecho fundamental en la evolución cultural y le permite, quizás por vez primera, un poco de tiempo libre y así plasmar su actividad con pinturas en las paredes de las cuevas. No en vano Prometeo es un símbolo del hombre en su capacidad de manejar a la naturaleza por medio del fuego. Los dioses griegos, que eran muy sabios, lo castigaron porque consideraron que el uso del fuego no debía ser usurpado por los hombres.

El *homo sapiens* realiza otros descubrimientos fundamentales antes del descubrimiento de la agricultura y éste incluye el descubrimiento o la invención del arco y la flecha alrededor de hace cincuenta mil años. El ser humano, nace pues, con un cerebro que le permitía sobrevivir en su vagancia sobre las praderas buscando alimento. No tiene quizás tiempo para ninguna otra actividad. Alimentarse consume la mayoría del tiempo de todos los animales.

Hace diez mil años el hombre inicia la llamada evolución cultural con el descubrimiento o la invención de la agricultura. Este descubrimiento le permite, por primera vez, tener un alimento seguro. Deja la vida nomádica y se puede asentar en lugares fijos. El descubrimiento de la agricultura permite la creación de pueblos y pequeñas ciudades. Ya no vive en pequeños grupos sino que los grupos se hacen mayores. Se puede diferenciar la actividad y no todos se dedican ya a la obtención del alimento. Aparecen los artesanos que hacen casas, que construyen arcos y flechas, que hacen vestidos, telas, zapatos, etcétera. Surgen individuos dedicados a actividades como la preparación de alimentos, la medicina, la elaboración de edificios, etcétera. El lenguaje oral se diversifica para designar a las nuevas actividades que se relacionan con la agricultura y las artesanías. El vocabulario se expande así como se expanden las actividades y los objetos. En la época de nómadas el vocabulario probablemente estaba restringido a las actividades de caza y recolección y no podía existir un lenguaje común para grandes grupos de individuos ya que los grupos eran pequeños, la así llamada horda primitiva. Esta convivencia entre grandes grupos de individuos también debe haber conllevado a un nuevo código de convivencia social.

Hace apenas cinco mil años que el ser humano inventa la escritura. Con la invención de un lenguaje, el hombre se humaniza. Por un lado, puede acumular conocimientos y transmitirlos a sus descendientes. El lenguaje verbal era muy frágil y sólo permitía la transmisión de los conocimientos entre grupos pe-

queños de individuos. Se inicia así el desarrollo de la ciencia, el arte, la tecnología, la religión, la filosofía. Por otro lado, el hombre se convierte, como lo ha declarado Ernest Cassirer, en un animal simbólico. El ser humano no sólo vive con objetos físicos sino también simbólicos. Los códigos de convivencia social surgieron como una necesidad de supervivencia. Aparecen así los códigos escritos. El Código de Hammurabi entre los antiguos habitantes de Mesopotamia es ya muy elaborado y refleja la organización de una sociedad compleja. Es un compendio de leyes o indicaciones de tipo económico, laboral, administrativo y penal que comprende 282 párrafos. El código mosaico es relativamente reciente y muestra una visión compleja del hombre. Estos códigos aparecen, sin duda, para promover una convivencia pacífica entre los seres humanos. ¿Por qué aparecen estos códigos? Sin duda para limitar la violencia. Llama la atención que el código mosaico exige respetar a los padres lo que refleja la idea freudiana de la agresión del hijo contra el padre. Ahora tenemos códigos completos en todas las áreas humanas y sin embargo, la violencia persiste. El ser humano, a pesar de haberse convertido en un animal simbólico, no ha podido erradicar la violencia.

Si el hombre tiene una historia biológica y otra cultural, sería un reduccionismo absurdo limitar los orígenes de la violencia a elementos puramente culturales o biológicos. Es muy difícil, sobre todo en casos individuales, deslindar estos elementos. La violencia entre los animales ocurre fundamentalmente para la supervivencia. Mata a otros animales para obtener alimento. Ahora el hombre no sólo necesita alimento real, sino también alimento simbólico. Esto aparece expresado en la Biblia con la frase “no sólo de pan vive el hombre”. Sin embargo la lucha por el alimento persiste. Algunos hombres se apoderan de las tierras y de los animales domésticos. Caín ofrece a Dios los frutos de la tierra mientras que Abel le ofrece sacrificios de animales. La domesticación de los animales no es una actividad altruista. Se genera para tener alimentos a la mano. Posterior a

esto hay una lucha por apoderarse no sólo del alimento sino de la energía. Con el cambio de la economía del trueque a una economía simbólica de las monedas, la lucha se establece entre los que han podido acumular el dinero y los que no lo tienen. Se ha llegado así a una distribución muy desigual, entre los individuos y los pueblos, del alimento, de la energía, del dinero, del poder y de la información. La lucha para obtener estos bienes es quizá, al mismo tiempo, uno de los generadores más importantes de la violencia. Esta lucha tiene una base biológica que es la lucha, de todos los animales, por obtener alimento, y al mismo tiempo, tiene una base cultural, ya que el ser humano, como animal simbólico, desea ahora obtener mayor dinero e información. Es evidente que la distribución asimétrica de la riqueza seguirá generando violencia y que es urgente que vivamos en un mundo más equitativo desde el punto de vista económico y también desde el punto de vista educativo. Esto se debe aplicar tanto a las naciones como los individuos. Este anhelo de igualdad y de justicia social es quizás una utopía, pero sin duda debemos luchar por ella con todas nuestras fuerzas.

Nunca llegaremos a estar cerca del ángel como quería Pascal, pero es un deber moral alejarnos lo más posible de la bestia.